

LA NACION  
8 de agosto 1987

Editorial

## ¿Cuál es el plan?

*LN-8-8-87*  
Recién concluida la reunión cumbre de Guatemala, sin conocer aún sus verdaderos resultados, y cuando todavía se analiza la sorpresiva propuesta de Ronald Reagan para Nicaragua, es un buen momento para referirnos a la esencia misma de esa paz, que se ha convertido en la quimera de 30 millones de centroamericanos, afligidos por la guerra y los excesos de las políticas extremas.

La paz, un don de Dios, desde el punto de vista cristiano, es también, en un plano inferior, la ausencia de conflictos geopolíticos en el mundo.

La única coincidencia en ambos casos es que sólo puede ser portador de paz quien se encuentra pacificado consigo mismo, con su conciencia y sus intenciones.

Los sandinistas afirman que, desde su esencia internacionalista, luchan por imponer el concepto marxista de la paz sobre la Tierra. Ellos no han vacilado en inmolarse a todo su pueblo, en nombre de esa paz bizarra, que persigue el sometimiento del hombre a los dogmas del llamado "materialismo".

Reagan, en su propuesta de paz que cuenta con el apoyo de sus adversarios políticos, no deja huecos para la estrategia política de los sandinistas, exigiendo a Managua una respuesta positiva o negativa en 60 días.

Otros demócratas más ingenuos, todavía aceptan sentarse con los sandinistas para discutir bizantinamente en nombre de la paz.

Esta vez, Reagan ofrece un ultimátum que, dado el estado ruinoso de la economía nicaragüense, resulta dramático para el régimen sandinista. Nunca ha sido la alternativa más clara para los comandantes: la Paz o la Guerra.

Pero la importante reside en el concepto de paz que manejamos en la oposición al sandinismo. ¿Qué clase de paz deseamos para nuestro pueblo?

Es importante determinar si quienes vivimos en el exilio estamos capacitados para regresar a Nicaragua y, mediante el sacrificio de nuestras comodidades, ayudar a pacificar a un pueblo destrozado por la miseria y el hambre.

Muchas personas en el exilio no están actuando en este momento consecuentemente con el pueblo de Nicaragua.

Hay nicaragüenses que parecen no reconocer, desde posturas acomodadas, el holocausto y la ignominia que padece el pueblo a causa de los infortunios del destino y la voracidad de los políticos.

Paz no es sólo la ausencia de la guerra, sino también un estado interno, en donde no prevalecen las ambiciones personales.

Para ingresar a Nicaragua, debemos pacificarnos profundamente, pues llegaremos a convivir con un pueblo harto de egoísmos y hastiado de injusticias.

En Haití, la salida de "Papadocito" no ha podido llevar la paz que tanto necesita ese pueblo, y esa lección de la historia la debemos tener muy en cuenta los nicaragüenses.

No podemos llegar a Nicaragua a seguir destrozándonos entre nosotros mismos, sino que a curar las heridas de quienes no pudieron salir.

En conclusión, entre tantos planes de paz, de uno y otro lado, ¿cuál es el plan de cada uno de nosotros?